

Azucenas silvestres que en la loma
El rocío aspiráis de la mañana,
Henchid mi corazón con el aroma
Que os brinda la floresta americana,
Y dirán mis cantares cómo brillas,
Emperatriz del mar de las Antillas!

IV.

Diré cuál bajo sauces y palmares
Que entoldan el azul del firmamento,
Entre huertos de blancos azahares,
Do enamorado serpentea el viento
Y desatan las aves sus cantares,
Sobre florida alfombra alzas tu asiento,
Y del Ávila al pie la frente inclinas,
Tejiéndote guirnaldas sus colinas.

V.

Diré cuál se desatan bullidores,
En trenzas mil por la campestre falda,
Tus arroyos en limpios surtidores
Rodando sobre cuencas de esmeralda,
Hasta poblar tus cármenes de flores,
Que el sol matiza de zafiro y gualda,
Á donde agita entre olorosas brumas
La suelta garza sus nevadas plumas.

VI.

Diré cómo en las aguas de esas fuentes
Que bajan de las cumbres susurrando
Con inquieto girar, en sus corrientes
Vivos iris de luz reverberando,
Sus tiernos picos y alas transparentes
Sumergen las palomas revolando,
Y al onda fían, de rubor ajenas,
Los talles de alabastro tus sirenas.

VII.

Venid, las que á los rayos de la luna,
El cabello en flotantes espirales,
Al borde de la fuente ó la laguna,
Contempláis vuestra sombra en sus cristales;
Venid en mi redor; que la fortuna
Dió á mi laúd los himnos tropicales,
Que más que el agua en su corriente pura
Cantarán vuestra espléndida hermosura.

VIII.

Venid las que á las danzas y alegrías
Impele el mundo y el deleite llama,
Hermosas que á la luz de las bujías
El seno dando que el placer inflama,
Al son de vaporosas armonías
El eco oís que vuestro amor reclama:
Yo os pintaré en mis cántigas de amores
El áspid escondido entre sus flores.

IX.

Venid también en torno á mis canciones,
Fecundos bardos del solar nativo,
Los que buscáis indianas tradiciones
En viejos fastos de olvidado archivo:
Yo os contaré las guerras, las pasiones,
La indolencia, el amor, el ceño esquivo
De aquella raza que en la lid desecha
Quebró en sus arcos la salvaje flecha.

X.

Veréis, bajo los índicos cocales
Coronados de flecos cimbradores,
Sus vírgenes sin tocas ni cendales,

Desnudos los hechizos tentadores,
Que orladas de madejas de corales,
Tendidas en columpios de colores,
Sueñan bajo sus móviles cortinas
Al eco de las gaitas campesinas.

XI.

Venid, veréis sus horas cual corrían
Entre aromas y lánguida pereza,
Las plumas que del cinto se prendían,
Las flores que adornaban su cabeza,
Las sartas y aderezos que ceñían
Al cuello y brazos de gentil pureza,
Cuando al muelle rumor de sus festines
Danzaban sobre rosas y jazmines.

XII.

¡Venid! Para volar á esas edades
Fin encontrando á mi ambicioso anhelo,
Sus alas me darán las tempestades
Ó el cóndor de los trópicos su vuelo:
Y os diré cuál perdió sus libertades
La extinta prole y defendió su suelo,
Hasta rodar bajo el sangriento dique
De sus tribus el último cacique.

XIII.

Cayeron sus penates y sus lares,
Se secaron sus ríos y sus huertos,
Cenizas son sus plácidos hogares,
Sus jardines estériles desiertos;
Que otra raza erigiendo otros altares
Sobre los huesos de los victos muertos,
Allí grabó de su poder las marcas
Con «la última razón de los monarcas».

XIV.

¡Sacra ciudad! Escritas en tu escudo
De ambas razas tú guardas las memorias,
Donde se admira cual la errante pudo
De la culta á la par lucir sus glorias;
Mas si se odiaron con instinto rudo
Muerte y ruinas sembrando en sus victorias,
Luego en una las dos su sangre unieron
Y heroica estirpe al universo dieron.

XV.

Diré como en tu tierra ensangrentada
Tras tanto encono y odio tan profundo,
La de Europa á la índica enlazada
Esa progenie alzó, que árbol fecundo
Al subir por tu atmósfera abrasada
Fué á obscurecer el sol del viejo mundo,
Por frutos dando en su vigor potente
La libertad del nuevo Continente.

XVI.

¡La Libertad! planeta esplendoroso,
Iluminó tus huertos y arenales,
Y de su disco al rayo generoso
Fueron mieses y flores tus eriales;
La Ley sobre su trono luminoso
Al siervo y al señor proclama iguales,
Y hollando las vetustas tradiciones
Deja en el polvo timbres y blasones.

XVII.

La Virgen de la paz en tus comarcas
Posó su vuelo, y sacudiendo leda
Los gérmenes fecundos de sus arcas,

Pobló de aves canoras tu arboleda,
Tus anchos ríos de ligeras barcas;
Y en tus nopales á eclipsar la seda
De la púrpura asiática teñida,
El fúlgido carmín brotó á la vida.

XVIII.

Entonces, en tus prados florecidos,
Más dulce el aura suspiró en las fuentes:
El cisne y las palomas en sus nidos
Murmuraron arrullos más ardientes;
Perlas dieron tus mares extendidos,
Corales sus abismos transparentes,
Tus argentinos ríos un tesoro,
Tus campos lirios, tus montañas oro,

XIX.

Tu sol de fuego iluminó sus ojos
Con luz estiva ó resplandor sereno,
Según suspiran de placer ó enojos;
Nevó tu escarcha su turgente seno,
Tu múrice encendió sus labios rojos,
Y el aire blando de perfumes lleno,
Que en torno vaga á tu arboleda umbría,
Divinizó su tierna canturía.

XX.

Y alarde haciendo de su encanto bello
Las ninfas de la estirpe americana,
Su talle esbelto y el ebúrneo cuello,
Su nívea faz que matizó la grana,
Los sueltos rizos del sutil cabello,
El pie ligero de estatura enana,
Eclipsaron la magia y el aroma
De las huries que soñó Mahoma.

XXI.

El tórrido fulgor de tus llanuras
Prestó á tus hijos varonil aliento;
De tus tinieblas trémulas y obscuras
Se elevaron las artes y el talento;
Y luz brotando tus doctrinas puras,
Libre ya como el aire el pensamiento,
Diste al mundo tus ínclitos varones,
Y de ciencia y virtud altas lecciones.

XXII.

Tú diste cuna al vencedor atleta,
Cuyo circo triunfal fué el patrio suelo,
Genio inmortal que en su ambición inquieta
Hasta el trono del sol llevó su vuelo,
Y no encontrando á su carrera meta,
Fué á arrebatarse el iris hasta el cielo
Que en ígneas orlas en su fuerte brazo
Las cumbres alumbró del Chimborazo.

XXIII.

¡Venid á ver el sueño del Gigante!
¡Colombia la inmortal! Sobre su tumba
Saldrá á mi voz su sombra palpitante
Del seno de la abierta catacumba,
Y oiréis los ecos del cañón tonante
Que en su áurea cuna con fragor retumba,
Arrullando triunfal la ígnea corona
Que al universo su poder pregonaba.

XXIV.

¡Venid! Voy á narrar la excelsa historia
Del suelo patrio á la futura gente;
Los hechos dignos de inmortal memoria

De la remota edad y la presente;
Y arrojando en la trompa de la Gloria
El soplo que me anima, alta la frente,
Con fuerte voz, mas sin cobarde insulto,
Rendiré á la verdad austero culto.

XXV.

Venid á oír los himnos que otros días
Alzó á la gloria mi laúd terreno,
Que Dios para cantar las armonías,
Latentes, Patria, en tu fecundo seno,
Me dará sonoras melodías
Y el ronco estruendo con que ruge el trueno.....
Ya obedezco su voz, pulso la lira,
Y el hombre escuche lo que Dios me inspira.

ÍNDICE.

Páginas.

INTRODUCCIÓN.

IV.—Cuba.....	I
V.—Santo Domingo.....	LX
VI.—Puerto Rico.....	LXXXV
VII.—Venezuela.....	CX

ISLA DE CUBA.

D. Manuel de Zequeira y Arango.

Á la piña.....	5
----------------	---

D. Manuel Justo de Ruvalcaba.

Soneto.—Á Nise bordando un ramillete.....	11
---	----

D. José Maria Heredia.

Á la estrella de Venus.....	15
En el Teocalli de Cholula.....	17
Á la Religión.....	21
Atenas y Palmira.....	25
Á mi caballo.....	27
Versos escritos en una tempestad.....	28
Niágara.....	29